



Cita en el aire

FASCÍCULO SÉPTIMO



7 de 9

Severiano Gil

CAPÍTULO DIECISÉIS

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

Rafael Martínez no cabía, de puro gozo, en la estrecha cabina; estaba haciendo volar su sueño; pilotaba un Heinkel He-112B, el número 55, y saboreaba las delicias de sentirse un ser privilegiado por ello.

No existía comparación posible entre aquel aparato y ninguno de los que antes había manejado, ni siquiera el conocido *Chirri* sobre el que había volado hasta entonces. El Heinkel pesaba una tonelada más, volaba doscientos kilómetros por hora más rápido y era capaz de escalar las alturas hasta los 9.500 metros, mientras que el pobre CR-32 apenas si llegaba, exhausto, a los 7.500; y todo ello con un motor sólo cuarenta caballos más potente, lo que decía mucho sobre la soberbia aerodinámica que los alemanes habían aplicado en aquel caza.

El He-112B podía haber sido la estrella de la *Luftwaffe* en la pasada guerra, de no ser por que el Messerschmitt Me-109 le ganara en el concurso que evaluó ambos modelos a mediados de los treinta. Pero no fueron las bondades del segundo lo que le hizo ser el caza estándar de la aviación nazi; el He-112 era mucho mejor avión, pero su rival tenía la ventaja de ser más sencillo de construir. Y ese detalle hizo que el Messerschmitt se fabricara en gran número, se desarrollara plenamente en todo su potencial y acabara la guerra con la fama de haber sido un digno rival de cualquier avión de caza aliado.

El Heinkel, en cambio, se fabricó en corto número, y nunca dispuso de un motor más potente que el *Jumo* de 600 caballos de origen, disfrutando a pesar de ello de una prestaciones magníficas. El pequeño lote que se entregó a España, durante la guerra civil, eran los únicos ejemplares en vuelo en aquellas fechas, y ese número se veía cada vez más mermado al faltar los recambios originales, de manera que, en aquella primavera de 1947, los tres aviones que había en *Tauima* y el que volaba sobre el mar con Martínez a los mandos, eran toda la muestra de lo que pudo haber sido un gallardo e histórico avión.

Había dado unas vueltas sobre Chafarinas en solitario, acostumbrándose a las peculiaridades del caza, y ahora regresaba Martínez a *Tauima*, volando bajo para iniciar el aterrizaje.

A pesar de la tensión de aquel primer vuelo en un avión desconocido, no podía evitar el piloto sentirse transportado a los mayores niveles de delirio; lo anterior, el cabalgar sobre lentas Bücker y *Moth* de entrenamiento, sobre los vetustos Romeo 41 e incluso sobre el brioso *Chirri*, no era nada en comparación con aquella máquina guerrera de agresivo aspecto.

No le extrañaba a Rafael que, apenas hacía cinco años, un piloto de la base, el teniente Entrena Klett, hubiese sido capaz de atribuirse el derribo de un Lockheed P-38 *Lightning* norteamericano que había traspasado, junto con toda una formación, los límites del espacio aéreo español. Por entonces, en pleno apogeo de la operación *Torch*, eran frecuentes los traslados de aviones militares desde la costa marroquí del Atlántico hasta el frente de Cirenaica; la acción del teniente Entrena, por entonces destinado en *Tauima*, a punto estuvo de costar la carrera del coronel jefe de la base, y la pretendida victoria —nunca pudo comprobarse— del teniente español fue silenciada

a nivel oficial, así como por los norteamericanos, que nunca reconocieron haber perdido un P-38 sobre el río Muluya; pero, aparte la duda sobre el resultado del ataque, Entrena había demostrado tener un valor a prueba de las circunstancias y, también, el formidable potencial del caza que Martínez estaba aproximando a la pista de *Tauima*.

—Torre —radió, como un niño con zapatos nuevos al hacer uso de aquel material tan escaso—, Cinco Cinco en tramo de viento en cola; permiso para aterrizaje.

—Concedido, Cinco Cinco; no hay viento —dijo la voz desde la torre—, así que entra por donde quieras.

Martínez pasó sobre la pista, a menos de cien metros y en dirección Oeste; sobrevoló la carretera y comenzó a virar pausadamente antes de llegar al *yebel* Uixan, poniendo el avión cara al Este y enfrentando, desde bien lejos, la franja de césped que acababa en el mar.

Todavía no le había *cogido el tranquillo* al avión; estaba incómodo, nervioso y tan obsesionado por hacerlo bien que temía aturrullarse y meter la pata. Pero el Heinkel, a pesar de su temperamento, trataba de colaborar, obedeciendo dócilmente las correcciones del piloto empeñado en posarse cerca del extremo del campo y no desperdiciar terreno, como hacían los buenos.

Con todo *Tauima* frente al morro, bajó los flaps, y el He-112 se acomodó a su velocidad de aproximación, haciendo brillar las escarapelas rojas y amarillas de sus alas cada vez que una corrección de Rafael le hacía balancearlas.

Vinieron hacia él la carretera y los postes del tendido de telégrafos, con sus peligrosos cables invisibles, y el piloto olvidó los instrumentos para acaparar con la vista cualquier detalle que le sirviera de ayuda a la hora de posar el aparato. Estaba a veinte metros de altura, sobre la carretera, y a unos cincuenta de distancia del comienzo del campo, cuando oyó la voz de la torre, cargada de enfado, por los auriculares.

—¡Cinco Cinco, llevas las ruedas dentro!

¡¡Las ruedas!!, ¡¡se había olvidado de bajar el tren de aterrizaje!!

Dio gas a fondo y el Heinkel, después de una duda, alzó el morro y se olvidó de posarse sobre el suelo; y Rafael vio, consternado, cómo se agolpaban los uniformes en torno a la torre de control: se había corrido la voz, y estarían todos esperándole para darle la tabarra.

Sobrevoló el campo de césped y viró a la derecha, accionando la palanca y oyendo los chasquidos y gruñidos de los mecanismos que desplegaban el tren de aterrizaje; eran demasiadas tomas de tierra con aviones de tren fijo, y aún necesitaba soltura para no olvidar ciertas cosas. Consciente de su inexperta voluntariedad, decidió efectuar un aterrizaje impecable que asombrara a los veteranos y admirara a los novatos.

Inició de nuevo la corta final, y se dejó caer logrando que los tres neumáticos tocaran la hierba al unísono y, de no ser por un ligero desvío a mitad de la frenada, lo que apenas si se podía apreciar desde donde estaban los otros, el Heinkel hizo una toma perfecta que destrozó las expectativas de los expertos, decepcionados seguramente al no verle dar botes a todo lo largo del aeródromo.

DESTACAMENTO DE CABALLERÍA, MÍDAR

—¡Bien, eso está bien! —leyó Peñafiel el telegrama enviado por heliógrafo—. Me gusta, ¿sabes?

—¿Qué dice?

El capitán se volvió a Beltrán, mientras doblaba el papel y lo metía en el bolsillo, por lo que supo el teniente que se trataba de una comunicación personal.

—Está aprobada mi solicitud de permiso; mañana o pasado llegará por escrito y, entonces...

—Vamos, que te largas, ¿no?

—Efectivamente, y no sabes lo que me alegro de poder marcharme, aunque sólo sea por unos días, de este cochino lugar.

Los dos oficiales descendieron de la protuberancia del terreno sobre la que estaba erigida la estación óptica de transmisiones.

—Es que antes se estaba mejor.

—Y tanto... —Peñafiel sabía que Beltrán echaba de menos las visitas a casa de Bachir.

—Pero, lo peor de todo, es el amargo sabor de boca de no haber podido hacer tragar a Bachir su maldita altanería.

—¿Te parece poco lo que le hicimos al avión aquel?

—Eso, para un tío con sus recursos —dijo Beltrán, y Peñafiel estuvo de acuerdo antes de que terminara—, no tiene la menor importancia. Seguro que ahora se dedica a traficar usando barcos de pesca si hace al caso.

—Hombre, algo le haría, no creo yo que, después de un aviso como el que le dimos, tenga redaños para seguir en el negocio como si tal cosa.

El teniente no respondió; estaba serio, malhumorado, soportando la punzada de envidia al pensar que el regreso del capitán a aquel destacamento era cosa harto difícil; con los contactos que parecía tener, era más que probable que desapareciera en alguno de aquellos destinos cómodos y limpios a los que casi nadie podía acceder.

—¿Sabes si han encontrado al avión? —preguntó.

—Me parece que no; y, si lo hacen, ni tú ni yo nos enteraremos, serán los de Aviación los que hagan cargo de todo, creerán que ha habido un accidente, y santas pascuas.

—Si le echan el ojo a los agujeros de bala, tendremos líos; debimos de dejar aquel trasto hecho un colador.

—¡Bah! —minimizó Peñafiel—, si nos hubiésemos cargado a ese contrabandista con pretensiones de sultán, tal vez —hizo un gesto, tratando de recordar hasta dónde habría ahondado Martínez en el asunto—. Tiene que dar gracias a su Alá de tener bien protegidas las espaldas.

—No digas tonterías —Beltrán aumentó el ritmo de su paso, con la intención de estirar las piernas—. Su única protección válida ha sido hacer tratos con nosotros; él sabía muy bien lo que hacía —se detuvo, mirando a su capitán—. Nos engañó: todo su servilismo y la fingida cortesía para con nosotros no eran más que un seguro de vida..., y por eso no nos hemos atrevido a cortarle el pescuezo. Ha sido más listo que nosotros, y eso es lo que en realidad me duele.

—A mí —Peñafiel se encogió de hombros—, ya todo me da igual.

Pero mentía; la afrenta de Bachir era un rescoldo que, de cuando en cuando, le ardía en lo más hondo, y mucho más cuando era un subordinado el que le recordaba lo nefasto de aquella asociación que, en principio, pareció ser tan coherente. Aunque lo cierto era que todo podía haber seguido como estaba durante mucho tiempo más.

Si aquel tenientillo no se hubiera encaprichado de Zahra...

SOBRE EL RIF OCCIDENTAL

Por primera vez desde que estaba en *Air Touareg*, Howard se sintió relajado con lo que estaba haciendo. Volaba en el *Mehari* con rumbo a Tetuán, a una altitud de tres mil metros; no hacía demasiado frío, si bien tenía que utilizar la máscara de oxígeno por precaución. Por lo demás, mantener aquel enorme avión monomotor recto y nivelado hacia su destino era cosa de coser y cantar.

Hacía rato que había franqueado las cumbres del Alto Atlas primero, por su lado oriental; luego, las sierras del Atlas Medio, oscuras por el verdor de los cedros, y, en aquel momento, los montes del Rif iban aumentando su altura a medida que él avanzaba hacia el Noroeste, como si intentaran alcanzar las ruedas de su avión.

A pesar de que el sol poniente iluminaba las laderas occidentales de las montañas y proporcionaba un poco de calor a Howard, éste no cesaba de consultar el indicador de temperatura, que rondaba los cero grados centígrados. No era el frío que había esperado, pero tampoco se sentía demasiado cómodo; no obstante, enfundado en su traje de cuero, las botas, los guantes y el casco, se consoló a sí mismo diciéndose que le quedaba poco tiempo para alcanzar su destino.

Consultaba el mapa a trechos, identificando el terreno con los nombres rotulados sobre el papel y que tantas veces había leído mientras preparaba su ruta en *Palms Field*. Ya había dejado atrás y por la derecha la zona abrupta de Ketama, cuajada de bosques, y la igualmente montañosa pero árida de Yebala, junto a la costa; también podía ver, rozando el borde de ataque de su ala de babor, la ciudad santa de Xáuen, escondida entre los picachos. Era capaz ya de mantener el rumbo prescindiendo de la brújula, puesto que sólo tenía que seguir la carretera que descendía desde las montañas para alcanzar Tetuán, distante unos cien kilómetros y visible a duras penas tras el arco de plata de la hélice.

Veinte minutos de vuelo, sólo veinte minutos... El sol estaba cada vez más bajo, y el indicador de temperatura del aire descendía buscando la marca correspondiente a un grado bajo cero.

Por fin, llegado el momento, Howard manipuló el compensador de profundidad, reduciendo también un poco de potencia, y el inmenso biplano inclinó la nariz hacia el suelo, descendiendo obediente hacia cotas más bajas y más cálidas. Seleccionó un canal de la radio y llamó al aeródromo.

—*Alló, Alló*. Aquí correo de Béchar, *Air Touareg* Ruta Norte llamando a aeródromo de *Sania Rámel*. Cambio.

—Aeródromo de *Sania Rámel* —oyó en sus auriculares—; adelante correo de Béchar, cambio.

Estaba preparado para oír la voz del operador militar, pero su estómago sufrió un sobresalto al darse cuenta de que, realmente, estaba volando y disponiéndose a aterrizar en territorio español.

—Correo de Béchar solicita informe condiciones atmosféricas y permiso para tomar tierra —se había estudiado más o menos bien la fraseología típica entre torre y avión, en español, por lo que podía entender todo cuanto le dijeran—. Cambio.

Sacó el lápiz y anotó las nubes, el viento dominante, la temperatura en el campo y la presión barométrica a medida que el operador se los iba proporcionando en un lenguaje lento y claro.

—Gracias, *Sania Rámel* —dijo, al terminar el otro—. Estimo mi llegada dentro de quince minutos. Cambio.

—Recibido; nos mantendremos a la escucha en este canal.

Era diferente; estaba volando sobre territorio español, pero no en la misma forma en la que lo había hecho con el *Lysander*. Ahora era legal, estaba autorizado, era un correo postal.

Cuando pasó por su derecha el *yebel Kelti*, la cumbre de 1.978 metros estaba a la misma altura del avión, y éste seguía descendiendo. El piloto abandonó su atención por la carretera y se fijó en la costa y el mar, que aparecía y desaparecía entre las nubes que viajaban desde levante. Mantuvo el régimen de descenso y trató de identificar el aeródromo, al Este de la capital del Protectorado español, pero no lo consiguió, y tuvo que orientarse sobre cabo Negro para dejar que el biplano le llevara hasta el campo de aviación.

—Correo de Béchar, aquí *Sania Rámel*. Le tenemos en contacto visual. Cambio.

—Recibido; inicio aproximación —respondió Howard, sin mucho convencimiento.

—Recibido; no hay tráfico en los alrededores; puede tomar tierra y rodar hasta terminal.

—*Okay* —respondió Howard al darse cuenta, alegre, de que acababa de ver el faro rotativo de la torre e, inmensa e inexplicablemente invisible un segundo antes, la pista.

Descendió de forma bastante brusca, a lo militar, y retiró el compensador para actuar directamente sobre la palanca de mando, a la vez que cortaba el gas a tope. El gran monte Gorgues y la ciudad de Tetuán pasaron bajo su ala izquierda, y un río y una carretera se le vinieron encima. El piloto detuvo el picado y niveló al *Mehari*, que flotó en el aire sin la propulsión de su motor, que giraba a ralentí, pero dejando a las largas alas el trabajo de sostener al aparato hasta alcanzar el inicio de la pista.

Cargado como iba, la velocidad era algo elevada, y los neumáticos gimieron al entrar en contacto con el hormigón, bajando luego la cola con pereza.

Howard apretó los frenos y buscó la terminal con la vista, dejando a un lado el derrelicto de un bombardero británico *Lancaster*, aplastado cerca del final de la pista. Preguntándose por las extrañas circunstancias que habrían obligado a posarse allí al cuatrimotor de la RAF, dirigió el carreteo del biplano hacia la terminal, de líneas cuadrangulares interrumpidas por aquellos ventanales grandes y semicirculares; y, cuando ya estaba próximo, se sorprendió un tanto, al contemplar un grupo de personas que, a todas luces, le esperaban a él.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Bachir vio por vez primera, y con evidente sorpresa, el extraño aeroplano que tomaba tierra, y se volvió a Remigio.

—¿Es ése?

—Por lo visto...

El grande y destartalado sesquiplano se acercó, mostrándoles su enorme motor de nueve cilindros en estrella y la hélice plateada que giraba lentamente. Se detuvo frente a un hombre que le hacía señas, y el motor se paró del todo, saltando al suelo el piloto y esperando a que el grupo de personas avanzara hacia él. Al reconocer las caras de Bachir y de Remigio entre todas aquellas, se alegró.

—Señor —el jefe de aduanas le tendió una mano a Howard—, ¿es usted mister Lawson?

—Sí, yo soy —respondió, con un indescriptible acento de hizo sonreír a los demás.

—Encantado de conocerle. Soy Francisco Montiel, y estos señores que me acompañan —se volvió hacia los otros y fue señalándoles, a la vez que Howard les estrechaba la mano—, son el coronel Castillo, jefe del aeródromo; el señor Méndez, de la Alta Comisaría; el capitán Díaz, de la Intervención Territorial, y *monsieur* Fontaine, el cónsul de Francia en Tetuán. A los representantes de *Air Touareg* supongo que les conocerá.

—Sí, así es —Howard estrechó también las manos de Bachir y de Remigio.

—La razón de nuestra presencia aquí —siguió Montiel, mientras que el piloto sentía que se achicharraba dentro de su cálido traje de vuelo—, es darle la bienvenida y declarar inaugurada la línea postal que une, desde ahora, el Oeste argelino con el Protectorado español, hermanando las ciudades de Béchar, Tetuán y Tánger en bien de las comunicaciones y, en definitiva, en bien de la humanidad que las disfruta.

—Gracias —respondió Howard, asimilando los términos españoles al francés que ya casi dominaba, y Bachir se dio cuenta de que las miradas y las palabras del piloto demostraban un nerviosismo que no estaba nada fuera de lugar.

—Como imaginamos que estará usted muy cansado —siguió hablando Montiel—, hemos querido hacer breve el recibimiento; no obstante, le esperamos en el consulado, esta noche a las diez, para tomar un refrigerio y presentarle a algunas otras autoridades, entre ellas, el Alto Comisario —se volvió a los otros, uno de los cuales asintió—, que creo que va a estar presente.

—Gracias y muy honrado, cuenten conmigo —no supo si lo había dicho correctamente, pero los demás parecieron entenderle.

Nuevos apretones de manos y los otros se fueron retirando, dejándoles a solas a ellos tres.

—Bueno..., ¿qué tal? —Remigio dio una palmada en la espalda de Howard.

—¿Todo es normal? —preguntó a su vez el americano.

—Tranquilo, muchacho —Remigio reía—, nos hemos visto en peores situaciones nosotros dos, ¿eh?

—Claro, claro...

—Vamos a descargar el correo y te llevaremos al hotel. No olvides que estás invitado a cenar.

—¿A qué hora sacaremos la gasolina?

—A las cuatro y media de la madrugada —explicó Bachir.

—¿No habrá problemas?

Howard recelaba; en contra de los primeros planes, el *Mehari* iba hasta los topes de gasolina de contrabando en aquel primer viaje, y supo que en ello habría tenido mucho que ver la pérdida del *Lysander*.

—Mira —dijo Remigio, acercándose a él—, ese Montiel que tanto impone es el tipo que está en el ajo.

—¿Ajo...? ¿Qué es eso?

—Que está de acuerdo con nosotros —sonrió el español—, complot, conchabado, ¿entiendes?

—Ah, sí.

A unos pasos de distancia, unos hombres descargaron la saca de correos del compartimiento señalado por el piloto y, al poco rato, toda la actividad había cesado en torno al *Mehari*; la noche se cernía sobre el aeródromo, y Howard, Bachir y Remigio abandonaron *Sania Rámel*, camino de Tetuán, a bordo de una nueva camioneta, una *Jeep* recién pintada con el anagrama de *Air Touareg*.

MELILLA

Rafael Martínez acompañó a Margarita Hidalgo hasta su casa y se despidió educadamente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había pasado la tarde con ella.

Había estado sumamente distraído, absorto, dándole vueltas a la cabeza y dejando que el paseo de ambos se convirtiera en un par de horas silenciosas y gradualmente tensas.

Ahora, ya era tarde para enmendar nada y, a pesar de que en los últimos minutos, Rafael trató de mostrarse solícito y atento, tuvo la sensación de que la despedida de Margarita tenía mucho de adiós definitivo.

Sabía que era idiota, pero no era capaz de apartar de su mente a Zahra y, a falta de otra cosa, intentaba acudir al único vínculo que podía unirle de nuevo con ella: Peñafiel o, en su lugar, Fernando, el teniente de Artillería hermano de éste.

Pero en vano se había mantenido toda la tarde ojo a vizar; quería hacerse el encontradizo y, después de dejar a Margarita en su casa, dirigió sus pasos hacia la avenida del Generalísimo y entró en una de las cafeterías con la esperanza de encontrarse allí con el menor de los Peñafiel. No obstante, después de pasarse media hora mirando a todo el que entraba, Martínez se cansó; eran ya las diez de la noche, y era normal que Fernando no apareciera; probablemente estaba de servicio y, pensando también que Luis Quintana habría regresado ya a *Tauima*, pagó el café y salió a la calle, tomando la dirección de la estación de autobuses con la sensación de haber perdido el tiempo un día más.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Era noche cerrada aún cuando Bachir, Remigio y Howard salieron del hotel Nacional y subieron a la *rubia* de costados de madera. La ciudad, vacía y tranquila, les despidió en silencio mientras que la camioneta tomaba la carretera del campo de aviación. Los tres hombres iban callados; Bachir escrutando la oscuridad con sus ojos ágiles, y Howard entrecerrando los suyos a intervalos, secuela de la fiesta en el consulado que se había prolongado hasta casi la una de la madrugada.

Había sido una gran recepción, a pesar de que, al final, no apareció el Alto Comisario, pero todo el salón estaba lleno de uniformes de alto rango y cargos más que elevados de la administración, tanto de la española colonial como de la marroquí

colonizada, y Howard había lamentado tener que asistir con su indumentaria no demasiado apropiada. Después del *lunch*, los presentes se entremezclaron, y, para su sorpresa, no faltaron elegantes damas que buscaron su compañía sin hacer ascos a sus pantalones gastados, sus botas altas y la cazadora de piel suave que Claire, por suerte, le había regalado no hacía mucho. Se bebía bastante, y el norteamericano tuvo que esforzarse por declinar los cuatro o cinco ofrecimientos de brindar con Champagne o cualquier otra bebida alcohólica.

Pero su disculpa de que debía estar en el aire muy temprano fue capaz de convencer a toda aquella gente de que se encontraba muy a gusto bebiendo agua mineral.

Como aeródromo militar abierto al tráfico civil, *Sania Rámel* tenía un centinela a la entrada que, al ver los faros de la camioneta, avisó al cabo de guardia.

—Somos de *Air Touareg*, la compañía postal; venimos a repostar el avión correo.

—Ah, bien —dijo el cabo, aunque consultó la documentación que le tendía Remigio y señaló a Howard— ¿Es el piloto?

—Sí —respondió él mismo.

—Éste es Bachir, y yo Remigio González.

El militar verificó los nombres, le devolvió el salvoconducto y alzó una mano para que el centinela levantara la barrera.

Remigio condujo la *rubia* por el interior del aeródromo, hasta alcanzar una fila de hangares situados inmediatamente después de la terminal y el edificio administrativo, sobre el que se erguía la torre de control; allí, en la rampa, con las lonas del motor y la cabina cubriéndolo de la intemperie, estaba el *Mehari*.

Al descender del vehículo, Howard se situó junto a Bachir mientras caminaban hacia el hangar.

—¿Y qué pasará si descubren que vamos a sacar gasolina en vez de meterla?

—Nadie va a darse cuenta —dijo Remigio, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿y si llegan a enterarse?

—¿Te refieres a que nos pesquen aquí? —preguntó Bachir al entrar en el gran cobertizo y encender la luz—. Pues creo que, en ese caso, de poco nos iba a servir nuestro *contacto*, el señor Montiel. La guardia nos detendría y pasaríamos a la jurisdicción militar.

Entre los tres sujetaron la lanza de remolque de una cisterna vacía y tiraron de ella, haciéndola rodar hasta las proximidades de la camioneta.

—Pero —Howard ayudó a enganchar—, tenéis amistad con las autoridades, ¿no?

—Sí —Remigio sonreía a medias—, pero no creo que pudieran hacer nada por nosotros en un caso tan claro; nadie se querría pringar en un asunto turbio como este.

—No lo comprendo.

Fue Bachir el que arrancó el coche y lo llevó junto al biplano, cuyas superficies plateadas y amarillas reflejaban tenuemente las escasas luces. Entre los tres conectaron la manguera a la parte inferior del depósito instalado en el interior del ala y, al abrir la llave, la gasolina comenzó a fluir hacia el aljibe, cayendo en su interior vacío que resonaba como un tambor.

—¿Qué quieres decir con que no lo entiendes? —preguntó Remigio, continuando la conversación donde la habían dejado.

—Pues... —tenía bastantes dificultades Howard con el idioma, pero, esforzándose, se hacía entender—, ¿de qué nos sirven los arreglos con todas esas autoridades?

—No son autoridades, sólo es Montiel; él es el único que, en caso de una situación conflictiva, trataría de arroparnos, pero no hasta el extremo de quedar en entredicho y ser acusado de contrabando.

—Comprendo, él sólo nos deja hacer sin investigar.

—Eso es.

Haciendo resonar sus botas sobre el hormigón, una pareja de soldados de Aviación se acercaron a paso lento, saludaron en voz baja y, después de unas miradas, rodearon el avión con evidente curiosidad. Remigio, con gestos automáticos, arrancó la bomba conectada a la batería de la *Jeep*, y el artilugio trabajó, sonoro y desagradable, con objeto de cubrir las apariencias de un rellenado de tanques.

Pasaron los tres un mal rato hasta que los soldados de alejaron y, menos de quince minutos después, la cisterna estaba llena. Pararon el trabajo en vacío de la bomba, recogieron las cosas y Howard resopló como forma de demostrar su alivio.

—Algo hay que hacer para vivir, ¿no? —preguntó Remigio—. Cada trabajo tiene su riesgo.

—Sí —estuvo de acuerdo Howard—, pero éste supera el del transporte de nitroglicerina.

—Pero las ganancias... —Remigio seguía riendo mientras ayudaba a soltar las lonas que cubrían el motor—, merecen la pena.

—Hasta que a alguien se le ocurra comprobar que esta cisterna sale llena y regresa vacía al día siguiente.

—No hay que preocuparse tanto —intervino Bachir—, *culchi maktub aand al-lah*.

—¿Y eso qué es? —se sorprendió el americano.

—Todo está escrito en los dominios de Dios —pronunció Bachir con reverencia.

Y Howard, después de sopesar un tanto la frase, terminó por asentir, pero diciendo:

—Ya veremos.

CAPÍTULO DIECISIETE

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

Aquella mañana, Martínez tuvo una gran sorpresa cuando, al salir de desayunar, oyó que le llamaban y, al volverse, vio a Vicente Peñafiel, de uniforme y junto a una maleta.

—Hola, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Rafael, después de un correcto saludo militar, que deshizo para adelantar la mano hacia el que era eslabón principal de la cadena entre Zahra y él.

—Salgo en el correo de Tetuán.

—¿Tetuán? —se extrañó Rafael, pero sin dejar de dar gracias al cielo— ¿Te han destinado?

—¡Que va...! —rió el capitán—. Estoy de permiso y voy a Sevilla; de paso, trataré de arreglar algunas cosas en la Alta Comisaría.

—Vamos a tomar café, anda —invitó el teniente.

Al principio, ambos charlaron sobre cosas sin importancia, dejando transcurrir el tiempo de la espera; pero Rafael, impaciente y casi sin pensarlo, preguntó a bocajarro.

—¿Qué sabes de Bachir?

—Querrás decir de Zahra, ¿no? —sonrió el otro.

Rafael asintió, y Peñafiel, de pronto, se puso serio, intentando captar algo que le indicara qué estaba pensando el otro; pero, al cabo de un instante, volvió a sonreír, aunque las arrugas de su rostro sólo eran la máscara propia del buscavidas que siempre había sido.

—Bachir se marchó..., con todo.

—¿Se marchó? ¿Por qué?

La forma directa de preguntar del piloto puso sobre aviso al capitán, que no podía sacudirse la sospecha de que, tal vez, Martínez intentaba sonsacarle.

—¿Estabas muy interesado por esa chica?

—Sabes de sobra que sí ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —Peñafiel se llevó la copa de coñac a los labios, pero siguió observando al otro hasta que, de repente, supo que su mente acababa de urdir un buen plan para librarse de aquel teniente suspicaz y, a la vez, timorato; podría ser que, incluso, lograra ponerle de su parte—. En fin.., a ti creo que puedo contártelo —fingió, con un breve silencio, buscar las palabras adecuadas—. Pusimos fin a aquel asunto de los contrabandistas.

—¡Vaya! —Martínez se interesó aún más, y el otro siguió hablando.

—Estuvimos a punto de cogerles a todos, pero Bachir se largó; seguramente fue un chivatazo, o es que, en realidad, ese tío es demasiado listo y se olió la tostada.

Mientras hablaba y mentía, iba controlando el cambio en la expresión de su joven interlocutor; a la vez, su cerebro seguía trazando la línea a seguir para crear una historia adecuada.

—Entonces, ¿se fueron sin más? —preguntó Rafael.

—El caso es que yo andaba detrás de Bachir desde hacía tiempo, pero, hasta hace poco, no supimos el sitio y la hora donde se hacía la entrega de los alijos.

—Pero, ¿entonces...? —Rafael Martínez estaba hecho un lío; según lo que le decía Peñafiel, creía entender que éste estaba detrás del marroquí para...—, ¿toda aquella relación, vuestras visitas a la casa, las mujeres...?

—Había que hacerle creer que estábamos dispuestos a no intervenir y, cuando más baja tenían la guardia, les dimos el golpe y destruimos el avión.

—¡El avión, lo hacían por avión! —aquello comenzaba a tomar forma y, de alguna manera, Rafael estaba vinculado— ¿Cómo lo lograsteis?

—Muy sencillo, una vez supimos dónde aterrizaba, lo acribillamos a tiros cuando estaba a punto de escapar; capotó, pegó un estallido tremendo, se incendió y... Matamos a uno de los contrabandistas de Bachir, y al piloto, claro.

—Pero, pero... —Rafael alzó ambas manos para detener el aluvión de palabras del otro, y Peñafiel creyó ver un cierto recelo en sus ojos claros, por lo que se decidió a rematar la faena haciendo engordar la ficción.

—Mira, Rafael, sé que debía haberte puesto al corriente desde el principio —puso cara de circunstancias—, pero es que se trataba de un secreto.

—¿Secreto? —la expresión de Martínez parecía gritar contra la evidencia que había rodeado a las visitas de todos ellos a la casa de Bachir.

—La destrucción del avión formaba parte de una operación destinada a desarticular la red de contrabando —ya estaba dicho; ahora, a esperar la reacción de Rafael.

—¿Operación? —la cara del teniente se iluminó— ¿Quieres decir que todo era un plan estudiado para llegar hasta el fondo de todo?

Peñafiel afirmó con la cabeza.

—No nos bastaba con Bachir, al fin y al cabo plato fácil de despachar; queríamos hurgar hasta el final, llegar hasta las más altas esferas, cayera quien cayera —la expresión de Peñafiel era la viva imagen de la repugnancia hacia todo aquel inframundo del mercado negro—. Pero, al parecer, Bachir se lo olió, por lo que no nos quedó otro remedio que acabar, al menos, con su área de responsabilidad —supo hasta suspirar con convicción—. Todo este asunto es demasiado complicado, y muy difícil de erradicar, Rafa.

—¿Por eso vas a Tetuán? —le ayudó ahora Martínez a redondear su historia, sonriendo—. Ya me imaginaba yo que no era por placer —al teniente de Aviación le brillaban los ojos; parecía otro.

—Pues sí, para qué negarlo —continuó Peñafiel.

—Quieres decir que estamos en el buen camino, ¿no?

—¡Y tanto! —no sabía a qué se estaba refiriendo, y mucho menos cuál era el buen camino pero, una vez lanzado, ya no importaba—. Voy a recibir una recompensa.

—¡Una condecoración, enhorabuena, Vicente! —Martínez estaba radiante, y su alegría era real—. Pero, oye..., ¿cómo era ese avión?

—No sé, no entiendo demasiado, y era de noche... Era un avión rojo y blanco, creo.

—¿Rojo y blanco? —Rafael estaba exultante— ¿Tenía las alas en la parte de arriba?

—¿Arriba? —dudó, esforzándose en recordar el capitán—. Sí, creo que sí, y unas patas muy raras, como un cangrejo.

Martínez escribió algo en una servilleta y se lo mostró: eran unas letras: EC-AGS.

—¿Era ésta la matrícula?

—Pues... —no le había dado tiempo a verla, pero decidió afirmar—, creo que sí, aunque no lo puedo asegurar —¿adónde quería llegar Martínez?—. ¿Por qué, lo habéis encontrado?

—No. Aquí no se ha recibido ninguna notificación de un avión destruido —dijo el otro, como si se afirmara en algo mentalmente—, pero es que yo, a ese avión, lo he visto en una ocasión despegando de algún lugar cerca del Kéchkech —sonrió ligeramente y afirmó, hablando como para sí mismo—. Ya decía yo que era de un contrabandista...

—Pues, por lo que me dices, el avión, sus restos, deben de estar todavía allí, entre el Kéchkech y el Karn.

El teniente piloto afirmó, pero no quiso explicar nada sobre el rapapolvo que había recibido del coronel por intentar detener a aquel aparato; de sobras sabía Peñafiel lo podrido que estaba todo, y no le extrañaban a Martínez todas aquellas medidas tomadas para mantener la operación en secreto, al margen de autoridades y jerarquías militares.

—Me alegro, me alegro mucho de que todo fuera así —dijo, sintiendo cómo se tranquilizaba su espíritu al saber que había gente con el coraje suficiente para meter mano en aquel asunto tan sucio.

—Oye, creo que es la hora —observó Peñafiel, temeroso de que aquel bisoño continuara haciendo preguntas que, cada vez, inducían a embustes más gordos como respuesta; más gordos quizá de lo que estaba dispuesto a decir.

—Sí, vamos, comenzarán a subir dentro de poco.

Mientras caminaban hacia el Junker Ju-52, Martínez recordó su primera pregunta.

—Entonces, de Zahra, ¿nada?

—Nada; ni a Bachir ni al otro le pudimos echar mano; han desaparecido de esta zona y, seguramente, se habrán escapado a territorio francés.

—¿Cuánto tiempo hace de lo del avión?

—Una semana, más o menos.

Habían llegado junto al trimotor de *Iberia*, que hacía el servicio desde Melilla a Sevilla con escalas en Málaga y Tetuán. Peñafiel, en calidad de militar, no tenía obligación de pasar por el control de Policía, y sólo necesitaba mostrar su billete para subir.

—Hace poco intenté interceptar ese avión, ¿sabes?

Peñafiel disimuló su sorpresa; había gente alrededor del aparato: mecánicos, empleados de la compañía que cargaban paquetes, equipaje y correo.

—Pero hay algo raro —Martínez seguía tratando de razonar sobre algo en concreto.

—¿Raro?

—Sí, yo lo vi cruzando la frontera de día.

—Pues volaban de noche.

—Eso es lo raro, que yo lo intercepté después del amanecer —se encogió de hombros Martínez, dejando archivado el asunto hasta otra ocasión—. Oye, Vicente, quiero que sepas que estoy a tu disposición para lo que sea. Por supuesto, no diré ni una palabra de esto, pero cuenta conmigo.

—Gracias, no esperaba menos de ti,

Martínez se irguió, pero Peñafiel ni siquiera lo notó; el capitán estaba empezando a prestar atención a su salida y, a pesar de que nunca lo había confesado a nadie, antes de volar le entraba un miedo atroz que trataba de ocultar bajo una capa de adusto porte militar. Casi siempre lo conseguía, pero ello le suponía un gran esfuerzo. De no ser por lo corto de su permiso, hubiera elegido el barco.

—Bueno, creo que voy a subir. Hasta mi regreso, Rafa.

—Adiós, buen viaje y enhorabuena otra vez —se despidió Martínez, estrechándole la mano.

—Dale recuerdos a Fernando.

—Por supuesto.

El capitán de Caballería subió por la escala y traspuso la pequeña puerta del aparato; Martínez, antes de alejarse del todo, se detuvo y agitó una mano cuando vio a Peñafiel asomarse por una de las rectangulares y reducidas ventanillas del fuselaje, mientras que su mente, otra vez, volvía sobre lo mismo.

El Junker puso los motores en marcha, y el teniente aviador llegó a la conclusión de que Zahra, con toda seguridad, debía de estar muy lejos de allí; ahuyentado su padre y el resto de los contrabandistas por el tiroteo de Peñafiel y Beltrán. Iba a ser muy difícil que volviera a ver a la muchacha, pero no le importó tanto como antes, pues se sentía muy motivado por cuanto Peñafiel le había contado; y gozó de aquella paz interior que le daba el saber que nunca había estado equivocado, que siempre había tenido la razón en lo referente a aquel avión.

Poco después, el correo de *Iberia* despegaba, atronando el aire con sus motores y virando al Norte en dirección a su primera escala: Málaga.

TETUÁN

Remigio González estaba detenido en la acera, y Bachir, desde el interior de su Studebaker del 41, se dirigió a él.

—¿Qué tal este primer día?

El español hizo un gesto sin significado; ya tenían la gasolina oculta en un garaje, y estaban a punto de despedirse hasta el próximo día de correo.

—Parece fácil, ¿no? —dijo Remigio en voz baja.

—Sí, parece —Bachir dio un golpecito sobre el volante.

—¿Ocurre algo?

—No —el marroquí mantenía la vista fija en el parabrisas, pensando, como si se auto auscultara—. Tengo un extraño presentimiento.

—¿Presentimiento?, ¿sobre qué?

—No lo sé —negó con la cabeza—. Desde que Peñafiel, porque fue él sin duda, descubrió nuestro campo en Beni Tusin, hay algo que me aprieta aquí —se señaló el estómago.

—Bah... —trató de quitarle importancia González, aunque reconocía que él también se sentía extraño, sólo que lo achacaba al brusco cambio de lugar y a la forma tan distinta de hacer el trabajo—, son figuraciones tuyas; me extraña oírte hablar así.

—Después de haber comprobado algunas cosas —miró a su socio el marroquí—, no sé qué pensar de vosotros. Quizá debí haber abandonado hace tiempo los tratos con españoles.

—Pues —Remigio sonrió—, eso mismo pensamos nosotros de todos los rifeños —dijo, sabiendo que al otro le disgustaba ser catalogado igual que sus vecinos bereberes—. Hala, a descansar. Hasta pasado mañana.

Bachir sonrió, sabiendo con certeza que tenía un buen aliado en aquel Remigio, trabajador y ambicioso en la justa y equilibrada medida. Metió una marcha y se despidió.

—*Maas-salama*.

Remigio González levantó una mano mientras el susurrante automóvil se perdía calle abajo, hacia la salida de Tetuán.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Cuando el Junker tomó tierra, Vicente Peñafiel estaba más que harto de oír el zumbido de los tres motores, de los saltos bruscos y del fuerte olor a gasolina que impregnaba a todo el aparato.

Mientras descendía del avión, no pudo evitar mirar con asombro al operario de tierra que, escalando el morro del trimotor, se aplicaba en limpiar los cristales del parabrisas, embadurnados de un modo increíble por el aceite y la grasa que escapaban, durante el vuelo, de las cajas de balancines del motor instalado en la nariz del aparato.

Iba a echar a andar de nuevo cuando vio el uniforme azul de uno de los pilotos junto a él; sin saber por qué lo hacía, le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—¿Cómo han podido aterrizar sin ver? —le preguntó al otro, un hombre joven cuyos rasgos muy marcados le avejentaban el semblante.

—¿El qué? Ah, eso... —sonrió a su vez, y el gesto quedó en una mueca aburrida—. Pues..., con práctica: quedan algunos agujeritos entre la grasa y se ve un poco a través de ellos.

—Agujeritos entre la grasa...

—Sí, además, tiene una ventaja: cuando llueve, el agua resbala y no se pega al cristal.

—Agujeritos en la grasa, ¡vamos, no me tomes el pelo! —trató de ser simpático con el aviador.

El otro, sin devolverle la sonrisa, se encogió de hombros y se desentendió, acelerando el paso y alejándose. Decididamente, a Peñafiel le ocurría algo extraño con los pilotos, y no era, en su opinión, culpa suya, sino que todos ellos tenían un no sabía qué, que acababa poniéndole nervioso.

Continuó hacia la terminal, adivinando las edificaciones de Tetuán a algunos kilómetros hacia el Suroeste, entre las colinas y bajo el atractivo panorama dominado por el *yebel* Gorgues, nevado en su cima, pero era incapaz de apreciar belleza alguna a causa de su desesperante ansia de pisar tierra distinta a la africana.

Decididamente, se hubiera quedado en Málaga y hubiera continuado viaje por ferrocarril, de no ser por la necesidad de solucionar el asunto de su traslado. Conocía el sistema, y era consciente de que era mucho más factible solventar un problema burocrático como aquél moviéndose de club en club y de barra en barra, por lo que supo que tendría que pasar allí un par de días antes de llegar hasta Sevilla y pasar, si acaso, veinticuatro horas con su familia.

Aunque, sólo con recordar los agujeritos en la grasa, le desaparecían las ganas de subirse a aquel aeroplano de chapa ondulada y motores que se desangraban.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Tanto el segundo tramo del vuelo, desde Tetuán a Tánger, como el largo regreso a Béchar no habían ofrecido ninguna dificultad. En Tánger, Howard había permanecido el tiempo justo de descargar la saca, tomarse un succulento desayuno, acompañado de

Ráchid y Missián, y volver a despegar rumbo al Sur. No obstante, la falta de descanso de la noche anterior le había agotado y, al llegar a *Palms Field*, informó brevemente a René Bousignac, que había llegado desde Argel para ayudar en el traslado, y decidió echarse en la cama para dormir un buen montón de horas.

Pero no pudo; todo el mundo en el aeródromo estaba más que excitado por la inminente partida hacia Argel, y cada cual encontraba un motivo con el que entretenerle.

Al principio, respondió con una negativa a la invitación de Claire de salir a volar con el avión de su padre; fue a su habitación y dio una cabezada hasta la hora del almuerzo. Pero, durante la comida, Claire le estuvo hablando de los vuelos al atardecer, de las hermosas nubes que vagaban por el cielo azul del desierto y, al final, le convenció; aunque no fueron las ganas de contemplar el paisaje lo que más pesó en su decisión de acompañarla, sino el hecho de poder estar ellos dos a solas, a pesar de que en la cabina descubierta de la avioneta no podrían cruzar ni una sola palabra.

Cuando subieron al Caudron *Aiglon*, Howard se sorprendió al comprobar que sólo tenía controles en la cabina posterior, la que ya Claire había ocupado; no obstante, no quiso comentar nada por temor a ofender a la chica.

Ella tenía razón, aquella tarde era hermoso volar, sobre todo en un avión de cabina abierta. Un suave manto de estratocúmulos se extendía sobre el Atlas, y la cumbre del *yebel Ayachi*, de 3.737 metros, se asomaba sobre la extensión de nubes de un blanco impoluto. El sol, a su vez, parecía jugar por entre los grumos enormes de un frente de altocúmulos que vagaban al Oeste, y los haces de rayos de luz se quebraban y tomaban mil ángulos distintos a medida que ellos se desplazaron hacia el Norte.

Fue en el momento de virar para el regreso, bastante adentrados sobre la capa de nubes, cuando el motor Renault comenzó a fallar; aumentaba las revoluciones, petardeaba y volvía a reducir vueltas de golpe.

Finalmente, se paró.

Howard estaba ya completamente girado en el asiento e interrogaba a Claire con la mirada, en medio del siniestro silencio que rodeó el descenso y mientras ella se aplicaba en conseguir el planeo más tendido de que era capaz el Caudron C-600.

El norteamericano se dio cuenta de que estaba completamente en manos de aquella chica; él no podía hacer nada en absoluto, excepto guardar silencio y esperar.

Estaban a unos cien kilómetros al Noroeste de Béchar, sin poder ver el terreno y sumergiéndose, inevitablemente, en las nubes que les rodeaban. Claire, en contra de lo que esperaba Howard, no hizo uso de la radio para llamar al aeródromo, pero se impuso a sí mismo esperar, morderse los labios y tratar de que el miedo, que subía desde las puntas de sus pies hasta su estómago, no le hiciera cometer una tontería.

Notó el frío gélido de la nube cuando el *Aiglon* buceó dentro de ella. El aire silbaba suavemente, y la hélice giraba sin fuerzas, como un molinillo de juguete. Luego, con un profundo sentimiento de alivio, el avión taladró la masa nubosa y el terreno se abrió ante ellos; silencioso, pardo y amenazador. La costumbre hizo que el piloto buscara con la vista un lugar donde aterrizar, y lo encontró, no demasiado lejos, junto a una pista de tierra que unía los poblados de Beni Táyt y Taserualt.

Claire manejó el aparato como si, en toda su vida, no hubiera hecho otra cosa que pilotar aviones con el motor parado. Descendió con parsimonia, eligió el terreno y observó la polvareda de un lejanísimo vehículo para calcular la dirección del viento;

puso el avión de cara a él y lo dejó posarse con una suavidad que rayaba en la perfección.

La francesa debió de oír el suspiro de Howard, porque abandonó la carlinga trasera y se acercó a él, con una pesada bolsa de tela en las manos.

—¿Estás bien?

—Condenadamente bien, ¿qué ha pasado? —Howard se soltó los cinturones y salió trabajosamente del pozo forrado de cuero.

—Creo que sé cuál es la avería —respondió ella, caminando sobre el ala y saltando al suelo desde el borde delantero.

—Deberíamos haber avisado por radio —dijo él, siguiéndola.

—¿Para que hubieran salido todos en nuestra búsqueda? —Claire soltó los pestillos del capó del motor y echó un vistazo—: gracias, pero, ¿te imaginas?, la hija de *monsieur* Bousignac perdida, ¡tal vez accidentada!, en medio de todo este desierto... —sonrió.

Howard miró a su alrededor y, a excepción del camino de tierra, que ahora estaba a unos cinco kilómetros de distancia, no había ningún otro signo de vida en un círculo de cincuenta. El sol iniciaba ya su caída final hacia occidente, y se dijo que pasar la noche allí, al raso, no iba a ser nada agradable; eso, sin contar que no llevaban agua ni alimentos de ningún tipo.

—Lo que me imaginaba —dijo ella, con la cabeza metida dentro del receptáculo del motor Renault 4Pgi *Bengalí*.

—¿De qué se trata?

—El maldito corrector de altura del carburador —abrió la bolsa sobre el ala y eligió unas herramientas convencionales—. Mi padre se empeñó en montarle uno automático, y ya ves...

—¿Da buen resultado ese chisme? —preguntó Howard, palpando la marca Renault estampada sobre el amarillo del capó.

—¿El motor? —Claire tenía las manos llenas de grasa y gasolina, mientras trasteaba en el carburador—, es inmejorable, pero el corrector es americano.

Howard captó la indirecta y sonrió; Claire era una chauvinista incorregible, y el piloto la observó, con el cabello rubio manchado de aceite, las manos y los antebrazos empapados de gasolina y la punta de la lengua asomando cerca de la comisura de los labios.

—¿Me das un cordón de tus botas?

—¿Qué?

—Uno de los cordones —señaló los pies de él—, lo necesito si queremos regresar a *Palms* antes de que anochezca. Esta noche es la fiesta de despedida de los otros, ¿recuerdas?

A Howard no le hizo mucha gracia, pero se sentó en el suelo y desató su bota derecha, sacando el cordón y tendiéndoselo a ella.

—Oye, Howard —mientras trabajaba, Claire seguía hablando con la vista fija en lo que estaba haciendo—, nunca me has contado porqué no regresaste a casa, por qué te quedaste por aquí.

No le gustaba hablar de ello, aunque tampoco había probado a hacerlo nunca, y parecía que aquel momento era el ideal para hacerse confidencias; había silencio, calma y el incentivo de una situación anómala que siempre actúa de acicate para intercambiar pensamientos.

—Sí regresé —dijo él, al fin y sin demostrar mucho interés en proseguir.

—Me lo imagino —dijo ella, y sacó la cabeza de dentro del capó para mirarle—, ¿la novia de toda la vida que se casa con el único chico del pueblo que no ha ido a la guerra?

—No sólo eso —Howard tuvo que reír mientras se ponía en pie—. Efectivamente, se casó, pero con mi mejor amigo que, casualmente, es el hijo del dueño de la fábrica de piensos y abono más grande del condado.

—No está mal —volvió ella al trabajo, y su voz resonó a hueco en la cavidad metálica—; lo digo por ella: eligió bien.

—Y, además, el otro tuvo la desfachatez de ofrecerme un empleo como piloto fumigador.

—¡Ya está! —dijo Claire, triunfante—, ¿le das a la hélice?

Subió ella a la carlinga, después de cerrar el capó, y Howard buscó un par de piedras que sirvieran de calzos para las ruedas. Oyó después el chasquido de los controles y gritó:

—¡Contactos!

—¡Fuera! —respondió ella, añadiendo—, debe de estar ahogado, así que dale un par de vueltas al contrario.

Y allí estaba Howard Lawson, piloto de caza con media guerra a sus espaldas, más de mil horas en *Thunderbolt* y unas cuantas como contrabandista nocturno, sirviendo de mozo de hangar a aquella endiablada francesa. Asintiendo, se dijo que, la única manera de evitar que aquello fuera la causa de un doloroso trauma, era permanecer al lado de aquella admirable mujer, para siempre.

Dio tres vueltas a la hélice en sentido inverso, hasta que notó cómo la gasolina volvía de los cilindros al carburador, rebosaba y caía al suelo por los intersticios de la carcasa.

—Listo —dijo, asomándose para verle la cara a ella— ¡Contactos!

—¡Puestos! —respondió Claire, después de accionar el conmutador de encendido.

Howard dio un primer impulso a la pala de la hélice, y el *Bengalí* tosió; al segundo golpe se puso en marcha y arrojó bastante humo por el escape, rateando un poco hasta que la uniformidad de su sonido y el arco perfecto de la hélice indicaron al norteamericano que ya no se iba a detener. Retiró las dos piedras y vio que Claire le hacía señas de que se acercara; el motor ronroneaba por lo bajo mientras se calentaba, y ella gritó para dominar el zumbido de la hélice.

—¡Le diré a mi padre que cambie el corrector por uno manual, y que procure que sea francés!

Howard rió, asintiendo, y se aproximó aún más para besarla en la mejilla manchada de carburante.

—¡Nos vamos!

Apenas se ató los cinturones, Claire dio gas, levantando una gran polvareda y despegando con suma facilidad.

El vuelo de regreso lo hicieron a baja altura para evitar el fallo del corrector y, veinte minutos después, tomaban tierra en *Palms Field*.

Ya estaba bastante oscuro; Venus brillaba por oriente, y Howard salió de la cabina antes que ella. De pie los dos sobre el ala, la tomó por la cintura y la besó en la punta de la nariz, tiznada de algún derivado del petróleo.

—¿Sabes una cosa? —dijo él, en voz baja y en la soledad de la rampa de estacionamiento—, creo que tú y yo ya hemos pasado por bastantes situaciones complicadas, ¿no crees?

Ella asintió y él dejó de hablar, mirándola fijamente y sintiéndose terriblemente cautivado por aquella mujer perfumada con gasolina de 90 octanos.

—¿Me estás pidiendo que...?

—¿A ti qué te parece?

Y Howard se apoyó de espaldas en el fuselaje y la atrajo hacia sí con más suavidad que nunca.

Lejos, en el comedor iluminado, resonaba una vieja canción de la RAF con la que los otros festejaban su partida de Béchar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

CUARTEL DE LA *MEHAL-LA* JALIFIANA NÚM. 1, TETUÁN

Vicente Peñafiel se levantó con la cabeza pesada y un fuerte amargor en la boca, lo propio después de una noche de jarana. Jorge Medina, compañero de promoción, le había arrastrado materialmente por más de media docena de clubes nocturnos y salas de baile que jalonaban con profusión la noche tetuaní.

Mientras se lavaba y comenzaba a oír los sonidos propios del acuartelamiento, en cuya residencia de oficiales había pasado la noche, se dio cuenta de lo tarde que era y, rescatando de su brumosa memoria los nombres que Molina le proporcionara la noche anterior, se puso a barajarlos para establecer el orden en el que acudiría a sus dueños para intentar solucionar lo suyo.

Conocía a algunos a los que había aludido su amigo Jorge, y éste le había advertido cuáles no eran de fiar, así como que, por lo pronto, conseguir una vacante como la que él quería no iba a ser fácil.

Una vez aseado y vestido, Peñafiel bajó a desayunar en el suntuoso comedor de la residencia, decorado, como todo el cuartel de la *Mehal-la* número 1, en un rebuscado estilo neoárabe; y se sintió extraño cuando, en vez de pisar matojos, tierra, piedras y barro, sus botas relucientes caminaron sobre el espejeante suelo; casi había olvidado lo que era vestir un uniforme decente, llevar calzado lustrado y no sentir el clima aplastante del Garet sobre su cabeza, ahora bien peinada y fresca.

—¿Qué tenéis para desayunar? —preguntó a uno de los camareros.

—A sus órdenes, mi capitán. Pues..., café con leche y esos bollos de ahí. Si quiere, le podemos traer churros que hacen en una cantina de aquí cerca, aunque, a esta hora...

—No, no: café con leche y dos de éstos —dijo, señalando los bollos suizos.

Mientras le preparaban la consumición, caminó unos pasos y observó el panorama del gran acuartelamiento, que bullía lleno de vida a aquella hora de la mañana; grandes barracones muy bien cuidados y haciendo juego con la monumental puerta acastillada, y el frondoso parque idealmente distribuido con placitas y veladores sugerentes.

Un soldado, ataviado con uniforme de camarero, se le acercó hasta unos pasos, cuadrándose.

—¿Capitán Peñafiel?

—Sí —se volvió Vicente.

—Una llamada por teléfono, de parte del capitán Medina.

—Voy.

Apenas oyó la voz de su compañero, pudo percibir la tremenda resaca que éste tenía. Fuera de entrenamiento, pensó; la vida de guarnición tenía eso: sólo te corres una juerga cuando te puedes escapar de la familia, lo que ocurre en contadas ocasiones.

—No vayas a la Alta Comisaría —le dijo Medina—. Pasaré por ti e iremos primero a la oficina de Asuntos Indígenas; tal vez sea mejor empezar por allí, ¿no te parece?

—Lo que tú digas —respondió al aparato—, te mueves mejor que yo en esos ambientes.

—Hasta dentro de un momento.

Colgó Peñafiel y retornó al bar, donde le esperaban el café con leche, humeante, los bollos y el diario *África* doblado junto al azucarero. Mientras desayunaba, rodeado del silencio de la residencia vacía, cuyo más apartado rincón se veía cuajado de plantas y adornos vegetales que la hacían fresca y paradisíaca, se hizo el firme propósito de hacer lo imposible por no regresar al destacamento perdido de Mídar, con su calor, sus polvaredas, sus moscas y, ahora, hasta sin los estipendios de Bachir.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Las despedidas habían tenido lugar la noche anterior y, entonces, sólo les restaba ver desaparecer los aviones, cargados con la impedimenta y el equipaje personal de los empleados.

Primero fue el *Oxford* de Bob Drake, al que acompañaba su esposa Martha y uno de los mecánicos franceses. Luego fue el turno del *Goéland* de Mark Shaeffer, cargado con los papeles, la documentación y toda la contabilidad del aeródromo; por último, ya entrados en el medio día, el DC-3 de Dick Parker, atiborrado de piezas de recambio, un par de motores y casi todas las herramientas, más Francis Humberton, Jimmy Reed, Lilian Dover y el resto de los mecánicos. El bimotor de la Douglas alzó el vuelo con el propio Harry a los mandos y Parker como copiloto.

Cuando ya se hubo extinguido el ruido de los motores Pratt & Whitney del DC-3, *Palms Field* pareció mucho más silencioso de lo que jamás fuera, y la ausencia de Ibarra y de su avión pareció manifestarse entonces en una mayor dimensión. Solamente quedaban allí, con carácter permanente, Albert y Julien, un mecánico español llamado Salgado, que era especialista en el *Languedoc*, y cuatro operarios argelinos, estos últimos como equipo de tierra de apoyo a la corta escala del tetramotor camino de Dákar, que efectuaría su primer vuelo al día siguiente.

Howard, por supuesto, seguía allí y, a cargo de todo, Claire Bousignac, después de haber insistido tozudamente hasta que su padre tuvo que reconocer que el puesto era suyo.

Los tanques de gasolina de contrabando de *Palms Field* estaban rebosantes, y Howard tenía que realizar cuatro vuelos de entrega antes de que hubiera que rellenarlos, por lo que se acordó que, de cada cinco vuelos del *Languedoc*, uno sería reservado para reavituallar las existencias de gasolina procedente de Argel. Los veintisiete mil litros que el cuatrimotor era capaz de transportar en petacas necesitarían tres viajes del *Mehari* para ser agotados.

Aparte del enorme biplano postal, en *Palms* sólo quedaba un despintado Aeronca *Champion* dedicado a tareas de enlace. No quedaba nadie para el servicio de torre; los alojamientos estaban vacíos, y, el conjunto de las edificaciones, desierto y solitario, como si el Sáhara, que les había estado rodeando hasta entonces, hubiera ganado la batalla por fin y los humanos cedieran el terreno.

Howard se alegró al pensar que los días podrían haber sido muy largos de no ser por la presencia de Claire, y trató de calcular cuánto tiempo pasaría antes de que los vuelos regulares a Tánger se convirtieran en una pesadilla y, agotado, pidiera un relevo; aunque, tal vez, eso podía no ocurrir jamás; todo dependía del futuro inmediato y de lo bien que supieran hacer las cosas Bachir y Remigio en Tetuán.

SOBRE EL RÍO KERT

Con la punta del ala izquierda de su Heinkel a poco más de diez metros del extremo del ala del otro avión, Rafael Martínez daba comienzo a su vuelo en formación que le llevaría, después de sobrevolar el extremo del cabo Tres Forcas, hasta la vertical de la isla de Alborán, para virar y regresar efectuando un circuito de prácticas de unos ciento veinte kilómetros.

Luis Quintana pilotaba otro caza a una decena de metros por la derecha, seguido a su vez por otro teniente que, como Martínez, acababa de acceder a aquellos vuelos de adaptación en los *modernos* cazas monoplanos. Tanto el capitán Álvarez, al que seguía Rafael, como Quintana, mantenían un vuelo estable y seguro, con sus aviones firmes como rocas sobre el cielo azul y el mar verdoso; Martínez y el otro teniente, en cambio, sudaban a mares para tratar de imitar cada uno de ellos a su respectivo *líder*, de lo que apenas si eran capaces.

No era lo mismo que mantener recta y nivelada una Bücker, ni siquiera un *Chirri*, que sufrir en aquella cabina atestada de instrumentos y controles que exigían una vigilancia constante.

—Más cerca, Martínez, que te estás yendo... —oyó la voz del capitán en sus auriculares, y Rafael asintió, llevando de nuevo el extremo de su ala izquierda a la posición fijada antes del vuelo: cerca de la punta del ala derecha del otro.

En cuanto perdía de vista el indicador de revoluciones para mirar al exterior y corregir su posición, el motor *Jumo GA* de 680 caballos variaba el título de la mezcla y Martínez se veía obligado a cambiar la inclinación del morro para evitar que su caza se retrasara; pero, cuando ajustaba el control de la mezcla lo más fino posible, una ligera turbulencia ayudaba a levantar una de sus alas y el avión perdía la compensación de alabeo o dirección, teniendo el piloto que recurrir rápidamente a los pedales o a la barra.

Era agotador.

Estaba sudando a mares; el casco ya estaba empapado y notaba húmeda la espalda. Sus sesos vibraban con el redoble del motor; las esferas de los instrumentos mostraban sus números borrosos y el hormigueo en la columna vertebral le avisaba que el *Jumo GA* no estaba girando en su régimen más óptimo.

Miró a la derecha y un poco atrás, y vio a Luis, que le sonreía desde la cabina de su avión, como queriéndole confirmar su vaticinio de que llegaría a hartarse del Heinkel 112, y Rafael le envidió al comprobar que su amigo pilotaba casi sin prestar atención a otra cosa que no fuera la hermosa vista de aquel mar, que reflejaba el sol en sus claras y verdes aguas.

Martínez, en cambio, no podía apenas pensar; sólo volar y luchar con aquel avión rebelde que se empeñaba en salirse de madre; no recordaba ya su obsesión por los contrabandistas, ni a Peñafiel, ni a Beltrán..., ni siquiera a Zahra.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Apenas había ya claridad cuando Howard hizo aterrizar el *Mehari*. La tarde estaba gris y desapacible, con rachas de viento húmedo y frío que jugaron con el pesado biplano durante la toma de tierra.

Había recorrido la distancia que separaba Béchar de Tetuán a una altitud de 3.800 metros para evitar las turbulencias, con la máscara de oxígeno puesta y los miembros ateridos de frío; había tenido que volar sobre un frente nuboso encajonado entre las dos grandes cordilleras del Atlas, y las tormentas asociadas a él amenazaban su vuelo de regreso, que debería efectuar a una mayor altura para evitar los grandes altocúmulos que vagaban entre los montes. Seguramente, Harry hubiera suspendido el vuelo, pero Howard no había querido empezar tan pronto con los retrasos y decidió arriesgarse a completar la ruta con el avión completamente lleno de gasolina, un poco de correo y un pequeño saquito de tela en uno de los bolsillos del traje de cuero.

Claire le había asegurado que, para el siguiente vuelo, ya tendría instalada la calefacción y, para el siguiente mes, podrían disponer de una cabina de plexiglás que cerraría el cockpit actual, más propio de un fumigador que de un avión correo que debía salvar las alturas de elevadas sierras; tampoco estaba listo el sistema de vaciado rápido del tanque de 5.000 litros del ala, aunque Julien estaba trabajando en ello.

Estacionó el *Mehari* en el mismo lugar de siempre, junto al cobertizo adornado con el emblema de la compañía; alguien le colocó los calzos y el piloto dio por finalizado el vuelo cuando desconectó el encendido y la hélice se detuvo. Hizo un par de anotaciones en el libro de a bordo, computó las horas de vuelo propias y saltó a tierra, mientras el empleado retiraba del avión la saca postal procedente de los países de África Central, traída hasta Béchar por el *Languedoc* en vuelo de retorno desde Dákar. No era mucho, a juzgar por el volumen de la valija, pero merecía la pena utilizar el hueco que sobraba para ello.

No le esperaba nadie, y Howard arrastró hasta la terminal su bolsa con el equipaje para una noche. Allí, uno de los mozos le señaló al encargado del aparcamiento, a quien Bachir había dejado las llaves de su coche, y el piloto tuvo un sentimiento de satisfacción al subir en el mullido —y abrigado— asiento del Studebaker azul y blanco. Arrojó la bolsa en el asiento trasero, puso en marcha el motor y maniobró para enfilear la salida de *Sania Rámel*.

Entonces le vio.

Era él, no le cabía duda, y el uniforme que lucía le ayudaba a reconocerle con mayor precisión. No recordaba su nombre, pero le había quedado grabado el aspecto sano y viril del capitán español, así como su pequeño bigote negro y bien recortado.

Deseó no haber llevado un automóvil tan llamativo, y apretó el acelerador a fondo mientras giraba la cabeza hacia otro lado, confiando a la suerte el que el otro no le reconociera.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Vicente Peñafiel siguió con la vista el paso del enorme automóvil americano, preguntándose cómo había gente capaz de mantener coches de aquella categoría; hizo un gesto de admiración y entró en el local donde despachaban los billetes. Preguntó por el vuelo a Sevilla y pidió que le reservaran una plaza para el día siguiente; pagó el importe y entonces se dio cuenta, verdaderamente, del dinero que llevaba encima. No lo había considerado hasta ese momento, pero la suma era una pequeña fortuna. Las ventajas del *impuesto* cobrado a Bachir le habían permitido

ahorrar íntegro su sueldo de capitán y los pluses de destacamento, y aún sumaba un buen pico de los trapicheos con los contrabandistas.

Decidido, abandonó el aeródromo y pidió al conductor del taxi que le llevara a un buen hotel; ya que iba a pasar allí otras veinticuatro horas, lo haría a lo grande. Además, invitaría a Medina y le devolvería, así, la monumental farra del día anterior.

TETUÁN

Howard estacionó su coche frente al hotel *Nacional*, entrando en él después de espantar a un grupo de moritos que se ofrecían voluntarios para hacer de vigilantes de la joya sobre ruedas. Preguntó por la habitación reservada a nombre de *míster* Lawson y subió las escaleras hasta el primer piso haciendo tintinear las llaves.

Dentro estaba Bachir, sentado junto al balcón y bebiendo un coñac.

—Hola, Howard —saludó, con una sonrisa de complicidad al alzar la copa—; siempre aprovecho una oportunidad como ésta..., no está bien hacerlo en público.

El americano sonrió brevemente y volvió a quedarse serio cuando dejó su bolsa de vuelo sobre la cama.

—Tenemos problemas.

—¿Problemas? —Bachir se volvió, poniéndose en pie después y dejando la copa sobre una de las mesillas de noche.

—He visto a aquel capitán de Mídar.

Bachir guardó silencio, y Howard se dio cuenta de que nunca había visto al marroquí tan desconcertado como en aquel momento.

—¿Te refieres al capitán Peñafiel? —dijo, mientras el piloto asentía, quitándose la cazadora y soltándose las botas—, ¿el que mandaba el destacamento de Caballería?

—Sí, así es; era el mismo capitán, sin duda.

—¿Y estaba en *Sania Rámel*?

Bachir daba cortos paseos frente a los pies de la cama, evitando la mesilla sobre la que se servían las comidas solicitadas en la habitación; se cogió ambas manos tras la espalda y bajó la cabeza, pensando. Howard, a quien el cansancio ayudaba a aparentar tranquilidad, se sacó las botas, los pantalones y el suéter de lana, uniéndolo todo con el mono de vuelo que sacó de la bolsa. El marroquí no le prestó atención mientras se desnudaba por completo y se dirigía a la ducha; en cambio, le siguió cuando oyó los grifos, apoyándose en el marco de la puerta con la copa en la mano otra vez.

—No creo que corramos peligro de inmediato —dijo.

Howard no le entendió a causa del ruido del agua al caer.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada...

Siguió dándole vueltas a la cabeza en silencio, hasta que el piloto asió la toalla y cerró el agua.

—¿Dijiste algo?

—Que no creo que nos cause problemas; seguramente estaba allí por la escala del avión. Tiene familia en Sevilla y puede que esté de permiso... Lo más probable es que ya esté a punto de salir en el correo de *Iberia*.

Una vez seco, el americano se puso los calcetines y la ropa interior, se enfundó en un albornoz y se dejó caer en la cama, encendiendo un cigarrillo.

—Hoy no había correo desde Melilla —dijo, entre el humo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Hay que tener cuidado entonces —balbució el marroquí, presa de una repentina inquietud—. Hay que avisar a Remigio y quitarnos de la circulación durante el día; al menos, hasta que estemos seguros de que se ha marchado de Tetuán.

—Habrá visto el coche —pronunció Howard con aquel acento que, de no ser por las circunstancias, solía hacer reír tanto a Remigio como a Bachir.

—Hay veinte Studebaker como ése en Tetuán, eso no es problema ¿Tienes la bolsa?

—Ah, sí; lo había olvidado... En el bolsillo del mono de cuero —indicó Howard desde la cama.

Bachir la cogió y soltó el nudo del cordel para ver el interior en un puro reflejo de traficante; luego, levantó el pequeño saquito lleno de diamantes.

—Por esto nos pueden caer de quince a veinte años, ¿lo sabías?

Howard no contestó, mientras que el otro se guardaba la bolsita y cogía las llaves del coche.

—Vendré por ti a las cuatro y cuarto, como siempre.

—De acuerdo.

El marroquí salió, y el piloto apagó el cigarrillo, se cercioró de que el revólver estaba al alcance de la mano, cerró los ojos y, sin echar siquiera las persianas, se quedó dormido.

TETUÁN

El taxista llevó a Peñafiel por todo el centro moderno de Tetuán, recorriendo la vía de Sidi Mandri, las calles de O'Donnell, Calvo Sotelo y Samuel Morphi, todas ellas conformadas por un urbanismo de edificios altos y señoriales, hasta que al alcanzar la plaza de España, Peñafiel se preguntó dónde narices estaba aquel hotel; pero el conductor, que había captado su expresión por el retrovisor, le advirtió que la tarifa desde el aeródromo a la ciudad era fija, y que aquel paseo por el centro de Tetuán era un obsequio de la casa.

Por fin, el FIAT se detuvo en la acera derecha de Rossi y Calderoni, y el capitán tuvo frente a sí la atrayente fachada del hotel *Nacional*, adornada de grandes columnas cuadrangulares y una balconada corrida en el primer piso. Según le habían dicho, podría disponer de toda el agua caliente que necesitara, y el servicio estaba a la más mínima exigencia.

Arrastrando la maleta, cruzó la calle y respondió al saludo del portero, que se hizo cargo inmediatamente de la valija, entrando a continuación del capitán, que se dirigió al mostrador de recepción, atravesando el impresionante *hall* de estilo sevillano.

—Buenos días, quisiera una habitación.

—Buenos días, capitán; no tiene reserva, ¿verdad? —preguntó el empleado.

—No, no la tengo.

—Un momento.

Mientras que el hombre buscaba en la lista, Peñafiel recorrió con la mirada el salón bellamente adornado con columnas de azulejos, mobiliario de mimbre y grandes vidrieras. Era gratificante contemplar el mundo desde aquella parte del cristal; la gente de la calle, incómoda por el tiempo desapacible, se movía presurosa e imbuida

de sus problemas; europeos y marroquíes, todos al unísono trabajando y sufriendo para ganarse el pan, en tanto que él les observaba despreocupado.

La antítesis apareció, de pronto, en forma de Mercedes negro con chófer que, al abrir la puerta trasera, franqueó el paso a una elegante dama que despertó de inmediato el interés de Vicente. Lástima que iba a estar en Tetuán sólo veinticuatro horas más, aunque, sin nada que hacer, consideró formalmente el entablar amistad con aquella mujeraza que avanzaba sobre las grandes losas del recibidor, haciendo resonar sus tacones.

Por un momento no reconoció el otro coche, podría ser uno idéntico al que viera, una hora antes, en el aeródromo, un Studebaker del 41 blanco y azul, pero era demasiada coincidencia; se parecía tanto al que tenía Bachir, a no ser que... Su dueño pareció salir del mismo hotel y, durante la fracción de segundo que tardó en abrir la puerta para subir tras el volante, mostró su cara a Peñafiel.

¡No podía ser, Bachir allí, en Tetuán...!

El marroquí desapareció en el interior oscuro del coche, pero Vicente mantuvo la mirada sobre él, mientras el automóvil arrancaba y desaparecía calle abajo.

Mil ideas pasaron por la mente del capitán. Bachir ben *Hach* Táieb, el contrabandista, había emigrado, trocado las sierras salvajes del Rif por la mismísima capital del Protectorado y, a juzgar por el coche y la ropa que llevaba, no debía de irle demasiado mal.

Sintió un rencor visceral agarrarse a sus tripas, y una furia efervescente le nació desde muy dentro al darse cuenta y recordar las palabras de Beltrán. Aquel moro se había burlado de ellos, les había utilizado; la destrucción del avión no había significado más que un pequeño contratiempo para aquel maestro del estraperlo... Y para eso se habían arriesgado, había expuesto a toda una sección con la ilusoria intención de dejar bien claro que quienes mandaban allí eran ellos, los militares españoles.

—Oiga, señor... —llamó el recepcionista— capitán. Aquí tiene las llaves: habitación ciento seis.

—Gracias.

Peñafiel inició la subida de las amplias escaleras, seguido del botones que cargaba su maleta y sin darse cuenta que alcanzaba en plena ascensión a la dama del Mercedes negro, que dejaba caer lánguidamente su mano, de modo que el llavero que colgaba de ella cantó a los ojos de Vicente que su dueña se hospedaba en la habitación 107; aquella beldad que se contoneaba escalera arriba, haciendo ostentación de sus medias oscuras y un traje de chaqueta de buen corte y color marrón, era su vecina.

Vicente musitó un saludo breve, al adelantarla sobre el pasillo, y tomó posesión del cuarto amplio, alfombrado y dominado por un armario de grandes dimensiones con una gran luna en su centro.

Le dio dos reales al botones, que desapareció más que contento, y aún antes de abrir la maleta, el capitán de Caballería se soltó la trinchera de cuero, el cinturón y se quitó la guerrera del uniforme, encendiendo un cigarrillo y saliendo al balcón.

No pasaron dos minutos hasta que oyó el pestillo de al lado, y la mujer, que no le miró ni una sola vez, se acodó en la barandilla para disfrutar, también, de un cigarrillo. No les separaban ni tres metros a los dos.

La tarde estaba más que desapacible; había nubarrones que viajaban desde la sierra del Gorgues y que amenazaban con dejar caer un buen aguacero en cuanto la

temperatura descendiera un poco más; eso, y el viento, un tanto gélido para encontrarse ya bien entrada la primavera, advirtieron a Peñafiel que su vecina de hotel no había salido tan sólo para disfrutar del clima.

—Lloverá, ¿no le parece? —dijo él, y la mujer volvió la cara por vez primera, encandilándole con unos ojos negros más que impresionantes.

—Tal vez.

—¿De vacaciones? —inquirió Vicente, dejando caer el cigarrillo sobre la acera de Rossi y Calderoni.

—Eso quisiera yo —negó ella con la cabeza, sonriendo a medias y sin modificar su postura, acodada sobre la barandilla y dejando que su trasero se marcara plenamente bajo la falda estrecha.

—No me extrañaría, incluso —siguió Peñafiel—, que nevara allí arriba —señaló el monte.

—Cualquier cosa desagradable se puede esperar de esta ciudad —repuso ella, sin apartar la mano sobre la que apoyaba su cara, y Vicente se dijo que aquella amargura tan descarada no hacía más que favorecer sus planes.

—Sí, este clima es bastante desagradable —inspiró y se dejó llevar—; lo único que apetece es tomarse una copa de buen coñac y meterse en la cama.

—Si son las cinco de la tarde... —ella ya se había vuelto del todo hacia él, y su aspecto de señora bien situada no casaba con su sonrisa aventurera y el brillo intrépido y travieso de sus ojos.

—Mejor que mejor, así hay más tiempo antes de dormir —rió él, y ella le imitó— ¿Le apetece esa copa?

Ella se tomó un par de segundos antes de asentir.

—¿Por qué no? Pero tiene que ser en mi habitación —le hizo un gesto con la mano, señalando el anillo de casada—, es posible que me llamen por teléfono.

—Por supuesto que sí.

—Pida esa copa, déme diez minutos y estaré lista —dijo, antes de retirarse hacia el interior de la habitación, y Peñafiel se dijo que, aparte todo lo que ofrecía su fama, el *Nacional* era un gran hotel del que nada se debía desaprovechar.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Howard suspiró cuando Remigio dio por terminada su labor y desconectó la manga del depósito del avión, la enrolló y la colgó de la trasera del aljibe. Había efectuado el trabajo casi en la mitad del tiempo empleado el día anterior, y ni siquiera se había acercado por allí la patrulla de marras. Antes de que Bachir pusiera en marcha la camioneta, Remigio se acercó al piloto.

—¿Seguro que no viste un fantasma? Dicen que volar a mucha altura produce alucinaciones.

El americano no tuvo más remedio que sonreír, pero negó con la cabeza; él hubiera preferido que se hubiera tratado de una alucinación.

—No, no lo era —dijo Bachir desde el vehículo, y los otros le prestaron atención—; he podido averiguar que está aquí, en Tetuán, pero no me han dicho el porqué, so pena de levantar sospechas con tantas preguntas.

—Si ese mal bicho se huele algo... —murmuró Remigio, claramente afectado por la noticia—, se acabó todo de nuevo.

Howard no dijo nada, y, en el silencio que siguió, flotó una estela de incertidumbre que les envolvió a los tres.

—Es probable que esté de paso —rompió el hechizo el español.

El piloto, consultando su reloj, alzó la vista para ver si llegaban los empleados del aeródromo que debían auxiliarle a aprestar el aparato para el vuelo.

—Se retrasan —dijo Bachir.

—No importa, yo te ayudaré —dijo González—. Voy a llevar la cuba al cobertizo y vuelvo.

—¿Por qué no la sacáis de aquí ahora? —preguntó Howard, señalando la cisterna.

—¿Ahora? —Bachir negó—. Podría llamar la atención; anotan las salidas y las entradas y, a estas horas... Es mejor bien entrada la mañana, cuando hay más movimiento.

—Claro...

El marroquí arrancó e hizo avanzar la *rubia* con el remolque y, mientras regresaban, Howard se aplicó a la tarea de ir soltando las lonas que cubrían la cabina y el motor.

Tres cuartos de hora después, el *Mehari* alzaba el vuelo, vacío a excepción de una ridícula saca de correos y la gasolina necesaria para su viaje, en dirección a Tánger.

Poco después, el sol asomó su lomo ardiente y espantó las tinieblas y los miedos.

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando

FIAT CR-32



Westland Lysander

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B